

FENOMENOLOGÍA DEL ESTADO LATINOAMERICANO: BASES HISTÓRICAS Y DECLIVE CULTURAL

Rossana Cassigoli Salamon

Resumen

El siglo XX se mostró como un período de grandes transformaciones cualitativas en lo cultural y trastornos severos en la convivencia social; uno de los más crueles en la historia humana. Los "hábitos nómadas del capital" arrasan con medios y modos de vida. El Estado panóptico termina por abolir la pluralidad de las prácticas humanas. La propia idea de soberanía sucumbe ante el sistema de lo representacional. Se ha instituido en América Latina la idea de un mercado superior en racionalidad respecto del Estado; noción que ha penetrado a la sociedad abismalmente. Se propone desde el presente histórico una reflexión cultural sobre esa magnífica creación de la modernidad que es el Estado-nación.

Palabras clave: Estado-nación, dictaduras, política conspirativa, lógica de exterminio, prácticas culturales, costumbres, justicia.

Abstract

The XX century proved to be a period of great transformations and deep changes in social interaction; one of the most cruel in human history. The "nomadic habits of capital" destroy ways of daily life. The homogenizing nature of modern state devastates the plurality of human practices. The very idea of sovereign falls to the holocaust of representational systems. A universe of "ideas of force" like "the market is rationally superior to the state", has been institutionalized in Latin America; this idea has permeated society in an abysmal way. I propose a cultural reflection from the present times about that magnificent creation of modernity: the state-nation.

Key words: Nation-state, Dictatorship, Conspirative policy, The logics of extermination, Cultural practices, Habits, Justice.

1. Introducción: Cultura y sociedad en el siglo XX

El siglo XX se mostró como un periodo de grandes transformaciones cualitativas en lo cultural y trastornos severos en la convivencia social; uno de los más crueles en la historia humana.¹ Las fuentes especializadas abundan para que un solo estudioso pueda abarcarlas. Por copiosa que sea tal bibliografía resulta inconclusa en un aspecto fundamental: los intentos de relacionar el fenómeno dominante de la barbarie del siglo XX, con una teoría general de la cultura, las "relaciones internas entre las estructuras de lo inhumano y la matriz contemporánea de una elevada civilización".² Los procesos globalizadores engendran una condición paupérrima de enorme sufrimiento causada especialmente por la pobreza; el individuo pobre por regla general es alejado y despreciado. Alberga el estigma "desafiliado" del individuo *par défaut*.³ situado en los confines, en una circunscripción negativa a causa de sus problemas, aflicciones y penurias, porque está privado de recursos, porque no posee ningún sustento, ni monetario, ni de amparo, ni de reconocimiento social.

Los "nuevos hábitos nómadas del capital" ⁴ destruyen medios y modos de vida al mismo tiempo, desvaneciendo de la experiencia y conciencia contemporáneas la costumbre antropológica con que las prácticas sociales habituaban permanecer unidas. La propia degradación de los espacios comunes restringió al máximo los territorios de encuentro donde antaño la ya destejada sociedad comunitaria creaba normas; que emanan de toda la sociedad y no

¹ Primera Guerra Mundial, guerra de España, agresión japonesa a Corea, Manchuria y China, ascenso de Hitler y opresión estalinista, Segunda Guerra Mundial, bombas atómicas y universo concentracionario, tiranías y despotismos en Asia, África y América Latina, por mencionar algunas manifestaciones de tal "crueldad".

² Steiner, George, *En el Castillo de Barba Azul*, Gedisa, Barcelona, 1992, p. 48.

³ No hay "exclusión" en el sentido de estar fuera de lo social, nadie está fuera de lo social. Desafiliación define a aquella gente que se encuentra en situación de extrema dificultad de una trayectoria que tiene relación con el centro. Ver: María Emilia Tijoux, "Diálogo con Robert Castel: la oscura perseverancia de la pobreza y el individuo *par défaut*", *Extremooccidente*, número 1, Santiago de Chile, Universidad ARCIS, 2002, p. 14-18.

⁴ Bauman, Z., *La globalización: consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, p. 100.

de grupo particular impuestas al conjunto. Los lugares públicos cumplían la función cultural de formar una conciencia colectiva, ilusoria o no, de unas raíces compartidas y de un tiempo *experiencial* realmente común.⁵ Tal sentido de una experiencia común se ha desvanecido, dejando tras de sí la esperanza, metafísica y política, de un tiempo que contravenga la tendencia dispersiva y dificultosamente convergente de la convivencia contemporánea.

La anterior digresión resulta apenas útil para entender el propio afán del Estado moderno; su vocación clasificadora y disyuntiva de las prácticas humanas. Su afán naturalmente expansivo y tendiente a unificar el espacio separó las categorías y distinciones de las prácticas culturales. Tal panoptismo estatal, absorto en la legibilidad y transparencia del espacio, constituyó un objetivo soberano primordial del Estado moderno. El espacio terminó por volcarse a los requerimientos aplastantes de circulación del capital. Las carreras del capital son tan inmateriales como las redes inalámbricas que las soportan; dejan no obstante huellas locales penosamente tangibles y reales que prefiguran un sombrío paraje de "despoblación cualitativa".⁶ De manera paradójica, fue la muerte de la soberanía estatal, no su triunfo, lo que dio tan tremenda popularidad a la idea de ser Estado.

En las actuales circunstancias, el grado de movilidad entraña un factor dominante de estratificación: "La incapacidad de desplazarse a voluntad y la falta de acceso a los mejores prados rezuman el hedor agrio de la derrota; simbolizan una deficiencia en la condición humana e implican ser engañado en la distribución de los esplendores que ofrece la vida."⁷ De frente a tal ruina, el insigne rostro de la política contemporánea es el de su insignificancia; el liberalismo de hoy se reduce al credo de "no hay alternativa".

Irradian evidencias de los efectos inhabilitadores de la globalización sobre el poder de decisión de los gobiernos estatales. La propia idea de soberanía sucumbe al holocausto de la representación. En las postrimerías del siglo XIX se veía devastarse

⁵ Ver Giannini, Humberto, *La reflexión cotidiana: hacia una arqueología de la experiencia*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1987.

⁶ Bauman, Z., *La globalización: consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica México, 2004, p. 100.

⁷ *Ibid.*, p. 35.

ya la confianza⁸ en la Ilustración, la erudición y el progreso, concepto magistral que otorgó a la modernidad su carácter peculiar de "forma histórica de totalización civilizatoria"⁹ Lo que declinó finalmente fue el supuesto de que la curva de la historia occidental es una curva ascendente.¹⁰

Asistimos a una realidad tajante: ya no percibimos la historia como promoción humana: hay puntos esenciales en los que nuestras vidas están más apremiadas y dispuestas a consentir el ilegal exterminio y la dependencia. Se ha vuelto a adoptar una política de tortura y rehenes. Nuestra intuición de las cosas se ha visto en extremo rebajada. Es difícil en el presente suponer una ferocidad, una aberración o hecatombe en la que no creamos, que no ubiquemos en el mandato natural de los hechos. Ética y psicológicamente es un asunto aterrador nuestra incapacidad de asombro. Pero al mismo tiempo nuestra tendencia material hacia delante es colosal.

El progreso material, lo sabemos, encierra una lógica de menoscabo irremediable de los sistemas vivos y las ecologías. Logra la especie humana concebir una utopía tecnocrática e higiénica que trabaja en un vacío de posibilidades humanas. Desde Hiroshima seguramente, la amenaza de autodestrucción resonó como un hito en la conciencia planetaria; el arma nuclear estableció una "teología de la amenaza" o verdadera metafísica: obligó a pensar en la posible iluminación de la nada, una nada bien real, que puede llegar a afectar a la humanidad única. Determinó esta amenaza hasta tal punto la política mundial, que el botón nuclear comparece siempre como límite de toda representación y decisión política.

2. Fenomenología de las naciones

A la par de la modernización, el nacionalismo se estabilizó como entorno histórico resistente a todos los cambios: destructor o creador,

⁸ Esta era de confianza prevaleció en la sociedad europea al menos desde el siglo XVI.

⁹ Echeverría, Bolívar, *La modernidad de lo barroco*, Editorial Era, México, 1998, p. 26.

¹⁰ Steiner se refiere al siglo XIX, cuando el progreso no era un dogma sino una cuestión de observación: "El hombre civilizado estaba en marcha; la continuidad de su andar lo distinguía de la inercia, de la estasis del salvaje encerrado en el mito" Steiner, *En el castillo de Barba Azul*, Gedisa, España, 1992 n. 93

fue origen de ingentes tiranías y guerras en la edad moderna y se encuentra en la fundación de nuestras instituciones, comenzando por la más relevante: el Estado-nación. Se entiende que los términos nación, nacionalismo y nacionalidad, aún en sus variadas significaciones, son artefactos culturales de una clase particular. Resulta forzoso considerar cómo han llegado a existir en la historia, el cambio de sus significados en el tiempo y porqué aún en el presente poseen una legitimidad emocional tan profunda. Todo aquello que llamamos cultura, incluida la ciencia y cualquier forma abstracta o concreta del conocimiento, es fruto de un hecho primordial: las comunidades humanas desde su fase tribal prefiguraron naciones. Una fenomenología de las naciones ha sido ampliamente explorada por la antropología política, en especial la dialéctica subyacente a la formación de naciones vernáculas. En el seno de tal dialéctica, conviven en forma hipotética una vocación gregaria dotada de un *ser* para la reciprocidad y el intercambio y una vocación autárquica que entraña un *ser* encauzado a la disyunción como principio de diferenciación y soberanía.

En el ámbito antropológico, el colosal tema surgió de manera fragmentaria en la literatura de Levi Strauss y fue debatido espléndidamente en las obras de Marshall Sahlins y Pierre Clastres. Ambos autores desarrollaron en el campo de la antropología política teorías sobre el origen de la contravención a la formación del Estado en las sociedades primitivas.¹¹ Pues el Estado es en sí mismo un ente separado de la colectividad, merced al desarrollo de la capacidad social de abstracción ligada a una cultura de carácter excedentario y cuya emergencia no fue en modo alguno un capricho de la historia.

Es de todos sabido que el mundo de los salvajes resultó literalmente inconcebible para el pensamiento europeo. Tal verdadera imposibilidad epistemológica,¹² se relacionó con la convicción ampliable a toda la historia occidental sobre lo que debe ser una sociedad, fraguada desde el albor griego del pensamiento europeo sobre lo político y de la polis en la obra fragmentaria de Heráclito. La representación ahora abstracta de la sociedad, debía

¹¹ Ver: Marshall Sahlins, *Las sociedades tribales*, Editorial Labor, España, 1980, y Clastres, P., *Investigaciones en antropología política*, Gedisa, España, 1989.

¹² Clastres, P., "Arqueología de la violencia: la guerra en la sociedad primitiva". En *Investigaciones en antropología política*, Gedisa, Barcelona, 1989.

personificarse en una figura exterior a ella, en la modélica de lo "Uno"; un grupo humano indiviso se apartaba de la idea de entidad.¹³ Las comunidades primitivas se conciben como sociedades violentas justamente porque su ser social es un *ser-para-la-guerra*.¹⁴

El hipotético modo de pertenencia tribal proporcionaba al ser social la totalidad del conocimiento sobre el mundo y su lugar de reconocimiento en él. La modernidad vaticinó el límite de las totalidades completas como las tribus; los conglomerados sociales modernos carecen justamente de la cohesión y afinidad distintiva de la tribu, porque son fruto de la combinación de dos "endémicamente incompletas totalidades", la república y la nación.¹⁵ La desintegración de la comunidad duplica su efecto en la segmentación de la existencia de cada una de sus unidades integrantes. La tarea de infundir disciplina y obediencia a sus mandatos, es facilitada a los poderes por un Estado que es "endémicamente ambivalente": el poder pastoral reparó Bauman, siempre está al borde la opresión, pero en casi todas las ocasiones es recibido con gratitud e incluso ansiosamente buscado por el rebaño: es la segura y confiable garantía que ofrece la rutina diaria.¹⁶

¹³ Hobbes se hizo eco de estas ideas de su tiempo refutadas por Montagne y La Boetie, en el sentido que una sociedad es justamente la congregación alrededor de un Estado. A la figura de la sociedad con Estado, Hobbes oponía la figura del hombre en su condición natural: "La guerra de todos contra todos".

¹⁴ Ninguna teoría general de la sociedad primitiva puede hacer abstracción de la guerra; no sólo el discurso sobre la guerra forma parte del discurso sobre la sociedad, sino que le confiere sentido filosófico: la idea de la guerra *mide* la propia idea de sociedad. El *ser* homogéneo de la sociedad primitiva persevera en el rechazo de la división social que es prohibición de la alineación. Rechaza al Estado en un sentido amplio, definido por su figura mínima, que es la relación de poder. No permite que ninguna figura de lo "Uno" se separe del cuerpo social para representarla. Si el jefe salvaje carece de poder es porque la sociedad no acepta que el poder se separe de su ser; por eso el criterio de indivisión es fundamentalmente político. En esta concepción, es el Estado el que engendra las clases y no al revés. Las sociedades primitivas son del orden de lo pequeño, lo limitado, lo reducido, de la escisión permanente y de lo múltiple, mientras que las sociedades con Estado son exactamente lo contrario: tienden al crecimiento, la integración, la unificación, la unidad.

Clastres, "Arqueología de la violencia: la guerra en la sociedad primitiva". En *Investigaciones en antropología política*, Gedisa, Barcelona, 1989.

¹⁵ Bauman, *En busca de la política* Fondo de Cultura Económica, México, 2002, p. 171.

¹⁶ *Ibid.* p. 88.

La socialización moderna consiste en inducir a la gente a que haga voluntariamente lo que está obligada a realizar. Toda ausencia de libertad escribió el mismo Bauman, implica una heteronomía o "condición agencial" en la que hay que cumplir las reglas y mandatos de otros. En cualquier caso los agentes son no autónomos. No es posible reducir esta cita:

En su última alocución, pronunciada el 22 de marzo de 1997, poco antes de su muerte, Cornelius Castoriadis, uno de los más grandes filósofos políticos de nuestro tiempo, sugirió que el paso decisivo hacia la autonomía había sido dado cuando los antiguos griegos empezaron a preceder sus leyes con el preámbulo *adoxe te boulekai to demo* ("parece buena la asamblea y para el pueblo")¹⁷ "Parece buena", es diferente de "Es buena". El reino de la autonomía empieza donde termina el reino de la certidumbre.¹⁸

La derivación de ser y percibirse autónomo, es la conciencia de que las instituciones de la sociedad podrían ser otras, tal vez superiores, y que ninguna de las instituciones existentes, por antigua y venerable que sea, puede considerarse inmune a la revisión crítica y reevaluación; "disolver la mortalidad de las instituciones humanas en el logro de una perpetua viabilidad de la sociedad humana".¹⁹

Hay paradójicas relaciones negativas entre cultura y sociedad, suceso moralmente desconcertante. Ya sabemos que la excelencia y la extensión numérica de la educación no tiene porqué estar en correlación con una mayor estabilidad social o mayor racionalidad política. Desde los inicios del siglo XX no obstante, prevaleció la idea de que la cultura y la sociedad engranan una en la otra; origen por otra parte de la ambigüedad del concepto de cultura y de una relación intrínseca entre costumbres compartidas y estructuración de fronteras sociales y políticas, fundamento del nacionalismo.²⁰

¹⁷ Castoriadis, Cornelius, "L'individu privatisé", *Le Monde Diplomatique*, París, febrero de 1998, p. 23.

¹⁸ Bauman, *op. cit.*, p. 88.

¹⁹ Bauman, *op. cit.*, p. 90.

²⁰ Lomnitz, C., *Las salidas del laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano*, Joaquín Mortiz/ Planeta, México, 1995, p. 17.

3. Bases modernas para la creación del Estado en América Latina

En América Latina al despuntar las independencias la consigna era crear naciones modernas y el problema de la *cultura nacional* quedaba al centro de los dilemas políticos en torno a la modernización²¹ y de las inquietudes políticas e intelectuales que florecían en sus confines. Se discute aún si lo que llegó a América Latina fue la modernidad o una idea de modernidad;²² lo que sí tuvo lugar fue un proceso colosal e inacabable de mestizaje cultural.²³ Nada se entiende de los contenidos particulares de la modernidad latinoamericana sin reflexionar sus orígenes: la realidad histórica que algunos analistas contemporáneos apelan *Nuestramérica*,²⁴ la que habla español y portugués y se constituyó como unidad hipotética bajo la dominación de las respectivas coronas. No sobra recordar que la modernidad no nació del pasado indio y español, sino frente al él y en su contra. América Latina dio nacimiento a culturas más que integradas, negadas y subordinadas; sobredeterminación colonial que persiste con idéntica fuerza en la historia presente y en el menos incursionado territorio de la mente identitaria.²⁵

Es casi un lugar común decir que la experiencia de la modernidad significó para los latinoamericanos un efecto de salvación y condena a la vez. Salvación, porque una innovación radical de la sociedad a

²¹La modernización constituye un fenómeno socio-cultural multifacético. Hay una diferencia entre el término socio-económico de *modernización*, el término literario y estético de *modernismo* y el término específico de *época de la modernidad*. Ver Ottman Ette, "Tres fines de siglo: colonialismo/poscolonialismo/posmodernidad. Espacios culturales entre lo homogéneo y lo heterogéneo", Leopoldo Zea y Mario Magallón (compiladores), *De Colón a Humboldt, Colección Latinoamérica Fin de Milenio*, Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, p. 118.

²²Queda implícito en la pregunta formulada por Sergio Marras a Octavio Paz en "América en plural y en singular", París, 18 de diciembre de 1991. Octavio Paz, *Itinerario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 165.

²³Bolívar Echeverría, *La modernidad de lo barroco*, México, Editorial Era, 1998, p. 26.

²⁴"Nuestra" aparece aquí como experiencia de una pluralidad cultural que queda aún por descubrir junto a otros factores reales.

²⁵Se discute poco el apego emocional a la nacionalidad y el trabajo emocional de la historia, que redunde en la virtud de una epistemología rebelde, en la recuperación del futuro como *res gestae*.

través de una cierta democracia y el desbaratamiento del estilo patrimonial heredado del virreinato,²⁶ podía infundir a los latinoamericanos la confianza para resistir un mundo trastornado y despiadado. La condena es axiomática: la mayor parte de las manifestaciones de la sociedad moderna degradan la condición humana: el culto al dinero, las desigualdades abismales, la desintegración del mundo fruto de una especialización exclusivista y la despersonalización del vínculo compasivo. La introyección del control en el cuerpo orgánico de la sociedad, aniquila toda alteridad étnica, entendiendo lo *étnico* en el particular, como supervivencia de una alteridad colectiva.²⁷

El tema del Estado adquiere la apariencia de un mero efecto secundario frente a las transformaciones de carácter fisiológico que experimenta el conjunto de la civilización occidental. Sin embargo las ciencias sociales y los estudios latinoamericanos sostienen un acuerdo explícito o implícito sobre la importancia del Estado,²⁸ cuyos fundamentos, bases y funciones se han transfigurado desde la independencia, hasta su visible declinación en el ocaso del siglo XX. Parece una perogrullada decir que las definiciones de *nación* y *Estado-nación* colman páginas de la literatura académica latinoamericana del siglo XX ¿Cuál es la tópica que ha edificado nuestros saberes? Gran parte de los estudios modernos sobre cultura nacional giraron alrededor de la ideología nacionalista e invención de las tradiciones y en torno a cómo el nacionalismo se fraguó en metáforas que escamotearon la evidencia de la pluralidad cultural al suponer niveles profundos de comunión nacional.

A diferencia del nacionalismo europeo que resultó de una larga evolución histórica,²⁹ su homólogo iberoamericano germinó en el

²⁶ Vetusto heredero además del absolutismo europeo de los siglos XVII y XVIII.

²⁷ Ver: Cassigoli, R., "Prácticas culturales y politización de la pertenencia", *Revista LIDER*, vol. 14, año 10, Universidad de los Lagos, Osorno, Chile, 2005.

²⁸ Declaró Tomás Moulián en entrevista: "A mi me carga la idolatría hacia el Estado que tiene la cultura de izquierda. Yo creo que el Estado está siempre condenado a estar en manos de los grupos dominantes. Lo único que puede cambiar las cosas es que haya organizaciones sociales fuertes que obliguen al Estado a cambiar", Rafael Gumucio, "Entrevista a Tomás Moulián, candidato presidencial del PC chileno", *Diario El Mercurio*, 23 de enero de 2005, Santiago.

²⁹ Ucranianos, catalanes, vascos, lituanos y croatas, son pueblos con lenguas y tradiciones muy antiguas. La comunidad Europea está fundada no en las semejanzas, sino en las diferencias culturales, lingüísticas e históricas de sus miembros.

siglo XIX a la par del desplome imperial español. Se ha dicho que intelectuales y caudillos latinoamericanos se inspiraron intensamente en las revoluciones estadounidense y francesa.³⁰ Al conquistar la Independencia, se vieron privados de una ideología que supliera la del agónico imperio español, así que adoptaron la de su referente inmediato: la democracia republicana y el nacionalismo reinantes en Europa. La flaqueza de esa adopción radicó en la ficción de un lazo acorde entre esa ideología y las condiciones reinantes en América hispana. El resultado fue la superposición de la doctrina moderna ya universal, sobre la cultura tradicional: "el comienzo del reinado de la inautenticidad y la mentira: fachadas democráticas modernas y tras ellas, realidades arcaicas. La historia se volvió un baile de máscaras".³¹

Desde luego la colonia fue el tronco de Latinoamérica moderna, pero las sociedades americanas oriundas de la preconquista también fueron cunas de la sociedad colonial. La idea de una América específica diferente a la sajona arrancó de la colonia,³² a la par del trastrocamiento práctico de todo el universo precolombino. De la colonia se heredó un estilo de inclusión en la economía, de ella se adquirieron las instituciones políticas y el sistema jurídico originarios de las metrópolis ibéricas, con transformaciones importantes desde el siglo XVIII.³³ La colonia transfirió a las instituciones modernas su carácter regulado, metódico, burocrático y legalista.³⁴

³⁰ Las ideas ilustradas fundaron y justificaron los movimientos de independencia en América del Sur; el caso mexicano fue distinto. Escribió Paz: "Si se leen con cuidado y sin prejuicios los textos de los primeros jefes insurgentes mexicanos, se percibe que sus argumentos fueron tomados sobre todo de los teólogos neotomistas." Paz, Octavio, *Itinerario*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 171.

³¹ Paz, Octavio, *Itinerario*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 171.

³² La materia del Estado colonial continúa siendo debatible: "¿fue un Leviatán casi omnipotente, relativamente autónomo de la sociedad o más bien, débil y fragmentado? Surgen similares polémicas en el contexto de los Estados de Latinoamérica del siglo XX, al punto que los rótulos coloniales como "Habsburgo" o "Borbónico" se utilizan aún para la construcción de las tipologías contemporáneas. Libro inédito de la historiadora uruguaya. Sala de Touron, Lucía, *La democracia esquiva*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2003.

³³ Sala de Touron, *La democracia esquiva*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2003.

³⁴ Knight, Alan, "Latinoamérica: un balance historiográfico", *Historia y Grafía*, núm.10. Universidad Iberoamericana. México. 1998. p. 175.

Si la Colonia transcurrió como un tiempo de sosiego político, la Independencia liberó los peligros de la inestabilidad. Bolivia experimentó 185 revoluciones entre 1826 y 1903 y sólo en 1848 presenció 15 de ellas.³⁵ Las sendas independentistas fueron muy desiguales entre Hispanoamérica, Brasil y Haití, por ejemplo. En Hispanoamérica la experiencia incluyó una guerra anticolonial civil y social, de la cual despunta una tradición de insurrección popular campesina en México, en la década de 1810. Brasil advino a la Independencia sin larga lucha anticolonial, sino mediante un prolongado periodo de batallas y conflictos regionales resueltos a mediados del siglo diecinueve. En Haití se sintió el impacto directo de la Revolución Francesa y se originó, hasta donde consignan los historiadores, la primera revolución antiesclavista triunfante en 1804.³⁶ La condición latinoamericana es dispar. Se produce una fisura en el discurso cuando se intenta inquirir una unidad latinoamericana en la identificación histórica.

Al fin y al cabo América Latina quedó instituida. Se supone que los poderosos líderes a quienes según Lomnitz se adjudica la apelación de "caudillos",³⁷ sellaron la historia de América Latina y de manera tradicional y excesiva dominan la historiografía de la región: Bolívar y San Martín, arquitectos de la Independencia sudamericana; los curas Morelos e Hidalgo, fundadores en México de una tradición de insurgencia popular que Villa y Zapata retomaron un siglo después; Toussaint L' Ouverture,³⁸ forjador de la primera república negra renacida de los restos del régimen esclavista francés en Haití; José Martí, líder nacionalista cubano y Máximo Gómez, su jefe de guerrilla negro, despojador en la década de 1890 a España de su última posesión colonial: Cuba. Hombres ilustres acrisolados en un símbolo que organiza la experiencia independentista latinoamericana;³⁹ monumentos identificatorios levantados por el

³⁵ Knight A., *op. cit.*, p. 166.

³⁶ Sala de Touron, *op. cit.*

³⁷ Los caudillos eran jefes militares capaces de movilizar a un séquito clientelista. Ver: Lomnitz, C., *Las salidas del laberinto*, p. 371 y ss.

³⁸ En 1791 Toussaint L'Ouverture dirigió una insurrección de esclavos negros que dio lugar en 1804 a la segunda república independiente del hemisferio occidental y que aterrorizó a los grandes hacendados esclavistas de Venezuela. Ver: Anderson, B., *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 79.

³⁹ Predomina la idea de que el caudillismo constituye un fenómeno político

discurso historiador.⁴⁰ Desde luego los historiadores se alejaron ya de la leyenda del "gran hombre". Esto no significa la aniquilación de la biografía, sino más bien el entrelazamiento de la biografía, o ese tipo de biografía denominada colectiva que se ha etiquetado como prosopografía,⁴¹ con los contextos distintivos de una época.

Hacia fines del siglo XIX se había confirmado en casi toda Hispanoamérica el reemplazo del pacto colonial tutelado por las metrópolis ibéricas, por una economía primaria exportadora. El crecimiento avanzó más rápido, pero profundizando una crisis que hizo evidentes los límites del orden neocolonial. Los mercados adquirieron una organización menos libre y la distribución de tareas entre las metrópolis a cargo de la comercialización y las clases altas locales a cargo de la producción primaria, comenzó a desbaratarse. Algunas actividades primarias, en especial la minería que exige aportes cuantiosos de capital, pasó tempranamente al dominio metropolitano. Lo complejo de las actividades ligadas al transporte y la comercialización terminó por redoblar la presencia de la economía extranjera en la hacienda latinoamericana: ferrocarriles, frigoríficos, silos de cereales e ingenios azucareros marcharon, en diversa medida según los países, a ser enclaves de la economía urbana en tierras marginales.⁴²

Las metrópolis recién creadas arremetieron contra las economías dependientes, primordialmente tras la tierra. En Guatemala capitalistas alemanes⁴³ acapararon el comercio cafetalero y las

decimonónico, fruto peculiar de la debilidad de los Estados iberoamericanos recientemente creados y de la inhabilidad económica de los hacendados de afianzar los nuevos países.

⁴⁰ Es relevante proseguir el trabajo de crítica historiográfica latinoamericana.

⁴¹ Compilación y análisis de datos que consideran una serie de individuos (generalmente de elite) y sus relaciones políticas, partidistas, familiares.

⁴² Los estudios regionales aportan abundantes ejemplos del proceso de extroversión económica: trigo y cría de ganado en Argentina, azúcar en el noroeste de Brasil y costas de Perú y Cuba, henequén en Yucatán, plata y después estaño en Bolivia; cobre en el altiplano peruano y chileno, caucho en la cuenca del Amazonas, petróleo en México y Venezuela y por supuesto café, "cultivado en pequeños lotes o en grandes haciendas, por campesinos, peones, esclavos y proletarios, en todo el hemisferio, desde Puerto Rico, pasando por Guatemala, Venezuela y Colombia, hasta la gran cafetrópolis de Sao Paulo en el sur de Brasil." Ver: Knight, A. "Latinoamérica: un balance historiográfico", *Historia y Grafía* núm. 10, Universidad Iberoamericana, México, 1998, p. 178.

⁴³ Alemania tuvo una presencia ascendente hasta 1914 sobre todo en las tierras que bordean el Caribe y se recuperó hasta 1929 del golpe que implicó la Primera Guerra Mundial y luego la derrota.

mejores tierras. En Cuba compañías norteamericanas se apropiaron de la hacienda azucarera. Se gobernó desde Boston el imperio bananero⁴⁴ expandido en Puerto Rico, Haití, Santo Domingo y las tierras bajas de América Central. En México la plata dejó de dominar las exportaciones hacia 1920; triunfaron el cobre y el estaño gracias a la demanda creciente que de ellos hizo la industria internacional eléctrica. La expansión del cobre, de explotación antigua en la zona andina, inundó las primeras décadas del siglo XX. En Perú se inició la extracción a gran escala y en Chile la explotación prosperó raudamente también avasallada por capitales norteamericanos.⁴⁵ Estos ejemplos extremos revelan una tendencia central: el debilitamiento progresivo de las clases altas terratenientes frente a los emisarios de las economías metropolitanas.⁴⁶

Tras la explosión demográfica del siglo XX,⁴⁷ la población latinoamericana se acercó a los 500 millones de habitantes distribuidos en 20 naciones "soberanas" y un "Estado libre asociado": Puerto Rico. El conjunto de estos Estados excepto uno, Cuba,⁴⁸ gozaron de una vida "independiente" desde su liberación de los imperios español y portugués en las décadas de 1810 y 1820 y son más antiguos que la mayoría de los europeos y que casi todos los africanos. En 1914 Argentina se consideraba como uno de los diez países más ricos del mundo; Haití era y sigue siendo uno de los más pobres. México padeció inestabilidad y pérdida de territorio, aunque después de la revolución el nuevo gobierno instituyó un régimen civil, unipartidista y estable por más de dos generaciones. Uruguay fue el primer país que consiguió un bienestar precoz a

⁴⁴ La banana se transformó en objeto de exportación dominante en varios países centroamericanos y su único mercado consumidor era Estados Unidos que absorbía casi toda la exportación.

⁴⁵ Aunque en Chile el cobre no logró desplazar al salitre que siguió dominando las exportaciones chilenas hasta 1930, tiempo de la llamada crisis final del salitre.

⁴⁶ Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Ediciones Nacionales, Bogotá, 1981, p. 234.

⁴⁷ Hacia el final del siglo XIX y albores del XX, se incrementó enormemente la población urbana; la Ciudad de México y Buenos Aires triplicaron su población; La Habana, Santiago, Bogotá, Montevideo, crecieron vertiginosamente. Knight, A., *op. cit.*, p. 165.

⁴⁸ Cuba no obtuvo su independencia de España hasta 1898, después de dos importantes guerras de liberación nacional y de la derrota de España por Estados Unidos, lo que condujo a la inmediata instalación de un verdadero protectorado en la isla.

principios del siglo XX,⁴⁹ mientras que Paraguay permaneció a la zaga debilitado por la dictadura personal de Alfredo Stroessner que duró 35 años (1954-1989).

Con todo y en términos generales -y las fechas varían de un lugar a otro-, los Estados latinoamericanos de principios del siglo XX fueron identificados por su apertura hacia un proceso democratizador.⁵⁰ En la mayoría de los países el aumento de las exportaciones favoreció el surgimiento de Estados más fuertes y solventes que los anteriores y conforme el continente recibió una variedad de golpes externos, presididos por las dos guerras mundiales y la gran depresión, se ensanchó también el rol que desempeñaba el Estado.⁵¹ Mediante la creación de un sector estatal de la economía su intervención creció de manera vertiginosa, regulando, gravando, e incluso expropiando. Pero el gobierno de la economía productiva por parte del Estado implicaba una empresa costosa; el sector primario pasó a ser sistemáticamente subvencionado, favoreciendo sobre todo a magnates terratenientes. El Estado encontró, además de una nueva fuente de gastos, inesperados recursos para el control de la economía y sobretodo del intercambio.

En casi todas partes se impulsó una nueva política monetaria y cambiaria; se estimuló la variación productiva y llevó a cabo tentativas de resultado variable y alcances modestos, para dirigir desde el poder del Estado la diversificación económica. El conjunto de estas innovaciones implicó la adopción de una nueva imagen de las relaciones entre Estado y economía, además de la ruina del liberalismo, afectado a la vez por su desprestigio en las metrópolis mismas e ineficacia para justificar las políticas ahora ventajosas para los sectores dominantes.

En términos generales se cuentan entre las reformas más relevantes promovidas por los Estados latinoamericanos emergentes

⁴⁹Uruguay ofreció el ejemplo más feliz de democratización política y modernización social que se produjo en esa etapa latinoamericana. Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Ediciones Nacionales, Bogotá, 1981, p. 253.

⁵⁰Ver, Marini, Ruy Mauro, *América Latina: democracia e integración*, Editorial Nueva Sociedad, Venezuela, 1993.

⁵¹Knight, subrayó el hecho obvio de que la "fuerza del Estado" es un concepto vago que puede incluir criterios diferentes e incluso contradictorios; por un lado su capacidad para moldear a la sociedad y por otro, su durabilidad, longevidad y capacidad para su auto reproducción en el tiempo, *op. cit.*, p. 39-42.

en los preludios del siglo XX, la extensión del sufragio masculino y el nacimiento y avance de partidos políticos de carácter inclusivo: socialistas, reformistas y demo-liberales, de los cuales el *batillismo* uruguayo, el *irigoyenismo* argentino y el *alessandrismo* chileno, pudiesen constituir ejemplos paradigmáticos. El reconocimiento a las organizaciones corporativas populares, sobre todo sindicatos del movimiento obrero, destacó como otro rasgo distintivo de los Estados nacientes. Fue permitido y con muchas reticencias y restricciones el derecho a huelga, a la vez que se esbozó una apertura de espacios muy restringidos a las mujeres. Se aprobaron las leyes de divorcio en México y Uruguay, además del reconocimiento únicamente en Uruguay de los hijos concebidos fuera del matrimonio. El derecho a la educación primaria gratuita y laica, que sólo había sido acreditado en Argentina y Uruguay, se volvió ahora extensivo.

En México, una de las reivindicaciones fundamentales de los grupos femeniles de la época, fue el sufragio para las mujeres. Hacia 1935 un congreso en la Ciudad de México⁵² formalizó un Frente Único, materialización de un intenso proceso organizativo desplegado en los años treinta. El programa demandaba igualdad de derechos en todos los ámbitos y "amplia cultura para la mujer".⁵³ Desde su nacimiento, la organización debió enfrentar las mismas cortapisas que el resto para conquistar el apoyo del Estado a las demandas y el reconocimiento de la justa autonomía. El presidente Cárdenas prometió llevar al Congreso la iniciativa de reformar los artículos 34 y 37 de la Ley Electoral, que impedían la participación de las mujeres en el voto. En julio de ese año la enmienda fue aprobada por las dos Cámaras y luego ratificada en la mayoría de los Estados. Sin embargo, las mujeres habrían de esperar aún tres lustros para acceder plenamente al voto.

⁵² El Congreso fue presidido por María del Refugio García. En el mar de la animación feminista de la época sobresalió una tendencia agrupada alrededor de Juana Gutiérrez de Mendoza y Concha Michel, antigua comunista, conocedora de la obra y la persona de Clara Ztkin y Alejandra Kollontay. Esta tendencia conquistó una presencia significativa entre sectores campesinos. Ver: Luis Hernández y Pilar López, "Campesinos y poder. 1934-1940", *Historia de la cuestión agraria mexicana*, Tomo 5, segunda parte, Siglo XXI, México, 1990, p. 544.

⁵³ Ver: Rascón, María Antonieta, "La mujer y la lucha social en la historia de México", *Cuadernos agrarios*, núm. 9, septiembre, México, 1979.

La década de los treinta se precipitó sobre los ya frágiles ambientes políticos latinoamericanos. El debilitamiento de las clases terratenientes frente a los emisarios metropolitanos se agregó a un proceso que varió su intensidad según las regiones, en el cual las clases altas vieron surgir a su lado clases medias preponderantemente urbanas cada vez más exigentes,⁵⁴ junto con demandas de trabajadores incorporados a actividades productivas modernizadas. Tal proceso tuvo su correlato en un comienzo de democratización: en México ocurrió revolucionariamente y en Argentina, Uruguay y Chile se manifestó en el acceso al poder de partidos populares mediante el sufragio universal. El resto de Latinoamérica vivió sustancialmente encerrada en las alternativas de oligarquía y autoritarismo militar, sin que faltaran situaciones intermedias.⁵⁵

La Revolución Mexicana de 1910 había provocado una explosiva revalorización de la nación, expresada en el rechazo al tutelaje extranjero y en la urgencia por reivindicar las ideas nacionales. Los modelos europeos que gobernantes y planificadores habían acatado por mucho tiempo, fueron relegados. Con el fin de otorgar un fundamento propio a la educación, los reformadores desenterraron costumbres y tradiciones populares. Muy diferente resultó el caso de Chile. Hacia 1900, las haciendas abarcaban todavía el 75% de la tierra y producían casi el 70% de todos los productos agrícolas y de exportación. Los pobres dividían la tierra en lotes cada vez más pequeños, mientras los ricos, a través de la compra o el matrimo-

⁵⁴ Se observaba que en las antiguas tierras indígenas de Mesoamérica y los Andes, los terratenientes recurrían a la coerción de las poblaciones indígenas y mestizas para asegurar la fuerza de trabajo. El auge cafetalero de Guatemala incluyó el acoso de mano de obra y fortalecimiento de las divisiones étnicas. En México, un sur coercitivo y plantocrático se confrontó con un norte más liberal y capitalista. En Brasil, el norte productor del azúcar en decadencia, resultó incapaz de retener su mermada población esclava, el que promovió la abolición, frente a la oposición de Sao Paulo, ese gran bastión de la esclavitud y de la modernidad. Muy distinto en su impacto regional y rural fue el desarrollo económico, orientado hacia las exportaciones, que tendió consistentemente a promover las ciudades más importantes: Buenos Aires, Sao Paulo, Río de Janeiro y Ciudad de México, donde una rica elite y una creciente clase media letrada fueron los principales beneficiarios del crecimiento económico, de la infraestructura urbana y el florecimiento cultural. En: Alan Knight, *op. cit.*, pp. 179-180.

⁵⁵ Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Ediciones Nacionales, primera edición 1969, Bogotá, 1981, p. 224.

nio, aumentaban sus posesiones: se podría afirmar que en 1919 existía en Chile una mayor monopolización de la tierra agrícola que en cualquier otro país del mundo.⁵⁶

Transformaciones primordiales acarrearán consecuencias que ya no se apartarían del destino regional: aún más que la Primera Guerra Mundial, la depresión reveló la inestabilidad del orden mundial al que Latinoamérica había buscado afanosamente incorporarse. La crisis del 29 creó dificultades económicas de dimensiones incomparables y ofreció a las metrópolis el espectáculo de un completo derrumbe social y político. Aún después de la recuperación capitalista, el mundo no volvería a ser el mismo; los países latinoamericanos intentarían un penoso esfuerzo de readaptación.⁵⁷ La democratización procurada por los Estados modernos del siglo XX, se llevó a cabo en el seno de un precepto neo-colonial y las tendencias triunfantes no se opusieron a la persistencia de tal orden: las experiencias democráticas fueron tan afectadas como las oligárquicas por la crisis de los treinta, que reveló bruscamente la impotencia del pacto reinante. La fragilidad que la economía había declarado durante el febril apogeo del orden neocolonial,⁵⁸ se tradujo obviamente en el terreno político. El constitucionalismo liberal no había soportado la prueba de la democratización. De todos modos aún los países que se jactaban de ser la excepción al predominante autoritarismo latinoamericano, mostrarían después de 1930, un paisaje político tan cargado de ruinas como el de su economía.⁵⁹

4. Conclusiones: El Estado-nación: presunto “desaparecido” del proceso democrático

Una reflexión desde el momento presente no puede rehuir la sentencia que gravita sobre el Estado-nación, magnífica creación de la modernidad y la sociedad industrial decimonónica. Incapacitado

⁵⁶ Simon Collier y William E. Sater, *Historia de Chile. 1808-1994*, Cambridge University Press, España, 1998, p. 148.

⁵⁷ Halperin Donghi, *op. cit.*, p. 284.

⁵⁸ La segunda mitad del siglo XIX es el periodo que Tulio Halperin (1981) denominó como la era neo-colonial de la historia latinoamericana. Los estudios socioeconómicos de esta época tienen preferentemente un enfoque regional.

⁵⁹ El estudio de la historia cultural y del proto-nacionalismo de las elites es un campo establecido y todavía productivo. En: Knight, *op. cit.*, p. 185.

para asegurar la integración de las personas en una misma nación y mucho menos su bienestar social, el Estado se apaga a la par del mito planetario republicano. A la conjunción de los cambios de época operados por la derechización de occidente a fines del siglo XX, la violenta modernización privatizadora y la expansión de la incultura como inmolación de la diferencia, se han adicionado tramas locales perceptiblemente enlazadas con una crisis del imaginario republicano representacional, donde la concepción de soberanía, ligada más a la colectividad que a la ciudadanía, se desvanece igualmente.

Se ha instituido en América Latina un universo de ideas fuerza, como aquella de que el mercado es superior en racionalidad respecto al Estado; noción que ha penetrado a la sociedad abismalmente. Numerosos poderes de los antiguos Estados han sido depositados en las empresas transnacionales que ejercen un probado señorío. La economía se vislumbra en la actual época como realización de la política por otros medios; una política conspirativa de la que el Estado no es más que un lugar de paso, un canal de vigilancia y contra información; "Estado debilitado y miserable, obligado a reducir cada vez más sus prestaciones al reino de lo simbólico."⁶⁰ En Chile, la dictadura fraguada en los años setenta acabó con cuantiosos logros y beneficios sociales. Los soportes colectivos ya no existen o se han debilitado. Numerosos cesantes de hoy fueron individuos plenamente "integrados" en el pasado. Como resultado de las políticas de empleo y exacerbación de la competencia entre las empresas, tales cesantes han debido enfrentar la repentina llegada de una situación que los convierte en nuevos pobres obligados a reacomodar sus existencias. Las mismas medidas de protección social resultan estigmatizadoras y clasificadoras de categorías de personas. Desde 1976, comenzó a originarse en Chile una descentralización administrativa del Estado que desgastó el tejido social y progresó en la estacionalidad de la política característica de la post-dictadura: diseños corporativos en torno a la pobreza aislada, que tras establecer procedimientos tecnificados acotados, limitaron la competencia política de masas. Quedó así instituido el carácter corporativo y multi-sectorial del conflicto (movimientos de taxi buseros, transportes, trabajadores de la salud, mapuche, pescadores artesanales).⁶¹

⁶⁰ Moreiras, "Lo popular (pueblo, masa, gente, multitud)", *Crítica Cultural*, núm. 24, Santiago de Chile, 2002, p. 73.

⁶¹ Salazar, M., "Las retóricas de la ciudadanía", *Extremoccidente*, núm. 2, Universidad ARCIS, Santiago de Chile, 2003, pp. 11-12.

Lo más esencial que está en juego en una escala universal, pero cuya impronta en América Latina resulta de ejemplo, es la cuestión de las prácticas criminales que han coexistido con la aparente vigencia de un derecho público mundial. La justa exigencia de llevar a cabo enjuiciamientos totales que subsanen aunque escasamente el tejido de las colectividades, se relaciona con la manera en que nos ubicamos frente a crímenes que se están perpetrando hoy, que se han cometido y continúan cometiendo y que tienen que ver fundamentalmente con el terrorismo de Estado y con el abuso más contumaz, la impunidad de ciertos sujetos colectivos, de ciertas máquinas:

Que el Estado no existe más que como un ejercicio del terrorismo, es la conclusión que debiera quedarnos de la última invasión norteamericana en medio oriente. Porque el Estado existe. Quienes aseveran que el Estado se ha eclipsado en manos de esa fuerza anónima que es la lógica de un capital que nada reconoce, olvidan que de vez en vez el Estado aparece con determinados programas de exterminio: El Estado existe; bajo el síndrome de la ofensiva neoliberal, el Estado vuelve una y otra vez como una lógica de exterminio.⁶²

Una multiplicidad de fronteras narrativas de las ciencias sociales y humanas posibilita re-escribir la historia del Estado latinoamericano desde sesgos diversos. Apreciaciones recientes fincadas en la historia política⁶³ insisten en las formas de dominación y exclusión constitutivas del Estado neoliberal, y en la relación que existe entre el origen antidemocrático de toda constitución, oligárquica o parlamentaria, fruto de la transacción cupular sin respaldo ciudadano y las retóricas de la ciudadanía procedentes de decretos administrativos. El capitalismo autoritario, especie de "caudillismo inexplorado en nuestras prácticas culturales"⁶⁴ se ha valido de un inesperado apoyo de masas que ha operado como paladín de las tesis modernizadoras; vocación de la cultura latinoamericana dispuesta desde el inicio a celebrar los ritos mercantiles. Se apreció

⁶² Federico Galende, William Thayer y otros, "Conversaciones con Miguel Vicuña". Inédito. Santiago de Chile, Universidad ARCIS, 2005.

⁶³ Salazar G., y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, Ediciones LOM, Santiago, 2000, p.124.

⁶⁴ Salazar, M., "Las retóricas de la ciudadanía", *Extremoccidente*, núm. 2, Universidad ARCIS, Santiago, 2003, pp. 11-12.

en la rápida adopción de una iconografía globalizadora, cuya simbología no funde sus raíces en nuestra historicidad; el mercado recrea entonces el nuevo carácter del vínculo social.⁶⁵

Cuando la velocidad global de movimiento toma impulso y se comprime el espacio-tiempo, el capital se desplaza velozmente, tanto como para aventajar a cualquier gobierno territorial que intente limitarlo: aniquilación total de las restricciones espaciales. La transnacionalidad de las fuerzas que erosionan al Estado, lo excluyen del terreno de la acción deliberada. Como hizo visible Zygmunt Bauman, tales fuerzas son anónimas, porque entrañan una aglomeración de sistemas manipulados por actores en su mayoría invisibles. Tal sentencia explica que el proceso en declive de los Estados nacionales se encuentre rodeado por una aureola de "catástrofe natural".⁶⁶ El otrora Estado territorial, que reclamaba el derecho legítimo a imponer las reglas a las que permanecía sujeta la administración de un territorio, ha descubierto su progresiva extenuación. Una "seminal ruptura" de la historia del Estado moderno pone en evidencia la separación aciaga y cada vez mayor del poder y la política. En breve síntesis, las soberanías se han vuelto nominales, el poder anónimo y su *locus* ha quedado vacío.⁶⁷

Proliferan temas polémicos que cabría profundizar en próximas investigaciones: la salida de las dictaduras latinoamericanas se teorizó como transición democrática de corte neoliberal; sin embargo, el entonces nuevo proyecto democrático avistó el eclipse del sujeto político llamado "pueblo" desde la Ilustración. Corresponde ahora pensar un nuevo sujeto no identitario, un sujeto de lo político no conformado por el Estado. El reto conduce a pensar la política democrática más allá de los Estados-nacionales, desplazando la matriz monocultural que los constituye a favor de las capacidades humanas, que de algún modo no estarían mediadas por la retorcida lógica de la identificación y retóricas de la identidad distintivas de la política del siglo XX. En términos más vastos referidos a la "misión" de las ciencias sociales y humanas, se impone la tarea ética de recapacitar el deseable tránsito de un humanismo de la identidad hacia un humanismo de la alteridad.

⁶⁵ Subercaseaux, B., *Chile o una loca historia*, Ediciones LOM, Santiago de Chile, 1999, p. 179.

⁶⁶ Bauman, Z., *La globalización: consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, p. 78.

⁶⁷ Bauman, Z., *En busca de la política*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002, p. 107.

Bibliografía

Anderson, Benedict, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.

Bauman, Zygmunt, *La globalización: consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.

—, *En busca de la política*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.

Cassigoli, Rossana, "Prácticas culturales y politización de la pertenencia", *LIDER*, vol. 14, año 10, (Labor Interdisciplinaria de Desarrollo Regional), Universidad de los Lagos, Osorno, Chile, 2006.

Castoriadis, Cornelius, "L'individu privatisé", *Le Monde Diplomatique*, París, febrero de 1998.

Collier, Simon y William E. Sater, *Historia de Chile. 1808-1994*, Cambridge University Press, España, 1998.

Clastres, Pierre, *Investigaciones en Antropología Política*, Gedisa, España, 1989.

Echeverría, Bolívar, *La modernidad de lo barroco*, Editorial Era, México, 1998.

Ette, Ottman, "Tres fines de siglo: colonialismo/poscolonialismo/ posmodernidad. Espacios culturales entre lo homogéneo y lo heterogéneo", *De Colón a Humboldt, Colección Latinoamérica Fin de Milenio*, Leopoldo Zea y Mario Magallón (comps.), Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

Galende, Federico, William Thayer y otros, "Conversaciones con Miguel Vicuña," inédito, Universidad ARCIS, Santiago de Chile, 2005.

Giannini, Humberto, *La reflexión cotidiana: hacia una arqueología de la experiencia*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1987.

Gumucio, Rafael, "Entrevista a Tomás Moulián, candidato presidencial del PC chileno," *El Mercurio*, Santiago de Chile, 23 de enero de 2005.

Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Ediciones Nacionales, Bogotá, 1981.

Hernández, Luis y Pilar López, "Campesinos y poder. 1934-1940," *Historia de la cuestión agraria mexicana*, Siglo XXI, tomo 5, segunda parte, México, 1990.

Knight, Alan, "Latinoamérica: un balance historiográfico", *Historia y Grafía*, núm. 10, Universidad Iberoamericana, México, 1998.

Lomnitz, Claudio, *Las salidas del laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano*, Joaquín Motriz/ Planeta, México, 1995.

Marshall, Sahlins, *Las sociedades tribales*, Labor, España, 1980.
Mauro Marini, Ruy, *América Latina: democracia e integración*, Nueva Sociedad, Venezuela, 1993.

Moreiras, Alberto, "Lo popular (pueblo, masa, gente, multitud)", *Crítica cultural*, Santiago de Chile, núm. 24, 2002.

Paz, Octavio, *Itinerario*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

Rascón, María Antonieta, "La mujer y la lucha social en la historia de México", *Cuadernos Agrarios*, núm. 9, México, septiembre, 1979.

Sala de Touron, Lucía, *La democracia esquiva*, Facultad de Filosofía y Letras, México, UNAM, en prensa.

Salazar, Gabriel y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile*, LOM, Santiago de Chile, 2000.

Salazar, Mauro, "Las retóricas de la ciudadanía", *Extremoccidente*, Universidad ARCIS, núm. 2, Santiago de Chile, 2003.

Steiner, George, *En el Castillo de Barba Azul*, Gedisa, Barcelona, 1992.

Subercaseaux, Bernardo, *Chile o una loca historia*, LOM, Santiago de Chile, 1999.

Tijoux, María Emilia, "Diálogo con Robert Castel: la oscura perseverancia de la pobreza y el individuo *par default*", *Extremoccidente*, Santiago de Chile, Universidad ARCIS, núm. 1, 2002, pp. 14-18.